

monasterio de religiosas, en el que ofreció á Dios á su propia hija Gertrúdis. Ella habia encargado á aquellas religiosas la educacion de las jóvenes pobres, á quienes dotaban cuando llegaba el tiempo de casarse. Aun en vida del Duque, quien por su parte vivia como un religioso sin haber hecho profesion de tal, fijó ella su morada en aquel convento, y tomó en él el hábito, aunque sin profesar, con el fin de tener la libertad de visitar á los enfermos y de socorrer á los pobres con sus bienes. Su convento daba de comer diariamente á mil pobres. Gobernado el país por estos dos santos, conservó la paz, y el pueblo fué feliz. Ninguna princesa mostró más sencillez ni más humildad en el trono; lo que, léjos de rebajarla, la hizo el ídolo de sus súbditos y la admiracion del mundo. La Polonia tiene, por consiguiente, mucha razon para honrar é invocar á Santa Eduvigis como á su patrona. (*Brev. Rom.*)

Sentimos no poder consagrar algunas palabras á la amada y amable Santa Cunegonda, que cincuenta años despues de Santa Eduvigis ocupó el trono de Polonia. Ella era un ángel de belleza, de pureza y de bondad. Antes de dejar la Hungría para ir á casarse en Cracovia con Boleslao, duque de Polonia, llamado *el Casto*, el Rey su padre, Bela IV, le preguntó qué queria llevar en dote, y Cunegonda le respondió: «Padre mio, yo no quiero oro ni plata ni piedras preciosas, adornos vanos de los ricos, de los que yo no necesito; yo no quiero llevar más que *sal*, que es necesaria en los pueblos que voy á adoptar por hijos.» Porque en efecto, la Hungría abunda en minas de sal, y en la Polonia no las habia, ó al ménos no se conocian. Habiéndole dado el Rey el permiso para hacer cuanto quisiese, se fué á una de las salinas de Hungría y arrojó su anillo nupcial en las profundas excavaciones que hizo practicar en ella. Habiendo llegado á Polonia, se trasladó á Wieliezka, hizo cavar la tierra, y despues de haber dado algunos golpes se descubrió una mina de sal, y en el primer pedazo que sacaron de ella encontraron el anillo de la princesa. Esta era la misma mina de Hungría donde ella habia mandado hacer algunas excavaciones, y que habia pasado á Polonia con el anillo que la princesa habia echado en ella. Los incrédulos, para quienes no es posible que el Autor de la Naturaleza obre semejantes prodigios por las oraciones de sus santos, se mofarán tal vez de éste. Nosotros no queremos violentar la flaqueza de su espíritu. Nos contentamos con exigir de

ellos que admitan lo que es incontestable, á saber: que á Santa Cunegonda se debe al ménos la explotacion de las salinas de Wieliezka, y que una santa reina fué quien proporcionó á sus pueblos la sal, uno de los artículos de primera necesidad, especialmente para el alimento de los pobres.

Á la celebracion de su matrimonio puso ella por condicion la continencia durante el primer año, condicion que hizo renovar todos los años, y de este modo aquellos santos esposos permanecieron vírgenes toda su vida. Es inútil añadir que toda la vida de esta princesa fué un sacrificio contínuo á la felicidad de sus pueblos, hasta el punto de haberse despojado de su dote para levantar un ejército contra los tártaros, que acababan de hacer una nueva incursion en la Polonia en un momento en que se encontraba sin recursos y sin defensa. Es inútil tambien añadir que esta admirable princesa cubrió las ciudades de Polonia de establecimientos de piedad y de beneficencia. Esto nada tiene de admirable en un alma toda celestial, poseida enteramente por el amor de Dios y de los hombres. (*Dlugosius, Vie de Sainte Cunégonde, et Bollandus, Act. SS.*) Así es como la mujer católica comprendia la soberanía en aquélla época de fe, en que los pueblos vivieron más tranquilos y más felices.

§ XLIV.—Otra Santa Eduvigis convirtiendo la Lituania y constituyendo la gran monarquía y la gran nacionalidad polaca.—Cuadro de las grandezas y de las virtudes de esta matrona.—Diversos pueblos no pueden ser reunidos en un solo pueblo sino por la unidad de la religion y por el goce de unos mismos derechos.—Proporcionar á los pueblos estas ventajas ha sido el trabajo de la mujer católica.

Pero la verdadera Santa Clotilde de la Polonia fué otra Eduvigis, á quien los escritores de aquel reino llaman *santa*, aunque no ha sido canonizada por la Iglesia. Todos los historiadores la representan como la mujer más bella, y tambien la más piadosa, la más sábia y la más espiritual que hubo entónces en Europa. A los diez y ocho años causaba la admiracion de todos los que la veian, tanto por la cultura de su espíritu, por la bondad de su alma y por la nobleza de su carácter, como por los encantos de su rostro y las gracias de sus modales. Así fué que cuando su madre Isabel, reina

de Hungría, consintió en que aceptase la corona de Polonia, que le habia sido adjudicada, toda la nobleza polaca, en compañía de los jefes del clero y de todos los órdenes de los ciudadanos, salió á su encuentro; la acogieron con un entusiasmo imposible de describir, y la coronaron en la catedral de Cracovia con la mayor solemnidad. Aquellos orgullosos sicambros, prelados y barones, olvidando que eran hombres, se gloriaron en obedecer á una mujer tan virtuosa y tan notable; y en la persuasion de que era capaz de gobernar por sí sola el reino áun ántes de que eligiese un esposo, lo que jamas se vió en Polonia, le confirieron el ejercicio del poder absoluto; tal era la estimacion y el afecto que le profesaban (1).

Entre los príncipes de las casas reinantes que se disputaban la mano de Eduvigis, sus padres la prometieron, siendo todavía niña, á Guillermo, duque de Austria, y ella le cobró el mayor afecto. Sin embargo, ella prefirió á Jagelon, gran Duque de la Lituania, es decir, que prefirió un pagano á un cristiano, un extranjero á un pariente, un bárbaro de costumbres groseras y feroces á un príncipe civilizado, de costumbres suaves y afectuosas. Pero esto lo hizo con las condiciones siguientes, que la historia ha conservado: 1.^a que Jagelon, toda su familia, todos los nobles, los grandes, los generales lituanos, así como todos los pueblos de la Lituania y de la Samogicia, habian de abrazar la fe católica romana, tal como se profesaba en Polonia; 2.^a que todos los cristianos que habian hecho esclavos habian de ser puestos en libertad; 3.^a que no sólo la Lituania y la Samogicia, que pertenecian á Jagelon por derecho hereditario, sino tambien las tierras que habia conquistado á los rusos con las armas, debian ser incorporadas perpétuamente al reino de Polonia; 4.^a que se debia incorporar igualmente á la Polonia la Pomerania y los países de Culmes y de Vielune; y 5.^a, en fin, que Jagelon debia llevar á la Polonia todos sus tesoros que habia heredado de sus antepasados, y no habia de usar de ellos sino en beneficio de la Polonia (2). Ved aquí un proyecto de trata-

(1) «Tanta erga illam praelatorum et varonum affectio, et tam immensa charitas, ut, viros se esse oblii, parere tam insigni et virtuosæ feminæ putarent non inglorium; tributa ei plenaria facultate, quatenus Poloniæ regnum administret, interim quo illi sponsus aptatur: quasi ipsa sola ad gubernandum regnum sufficeret.» (Dlugosius, lib. x.)

(2) «1.^o Fidem catholicam romanam, eam quam Poloniæ regno practicat,

do, que revela en la persona que le impuso un alma profundamente católica y profundamente patriótica. Mucho dudamos que la diplomacia moderna pudiese hacer uno más piadoso, más humano y más político. En este tratado todo se refiere á la religion y á la patria de Eduvigis, y nada á su persona; ó más bien, Eduvigis sacrificó en él, á los provechos del Catolicismo y al engrandecimiento de la Polonia, sus más fuertes y más legítimas afecciones de mujer. Sola la mujer católica es capaz de una abnegacion semejante; el verdadero patriotismo nace del sentimiento religioso. El hombre incrédulo é impío puede llamarse patriota, pero no lo será jamas; él no será más que un instrumento de vergüenza y de desgracia para su patria.

Habiendo sido aceptadas estas condiciones, Jagelon, en compañía de todos los grandes de sus vastos dominios, recibió el bautismo en la catedral de Cracovia y tomó el dombre de Uladislao; todos sus inmensos estados, que llegaban por una parte al mar Báltico y por la otra el mar Negro, fueron agregados á la Polonia propiamente dicha, que no era más que un pequeño Estado, y Eduvigis por su parte, con una entera abnegacion, trató sólo de hacer verdaderamente grande y feliz el nuevo reino que acababa de formar.

Al principio sólo se ocupó de la religion. Por sus cuidados fueron enviados eclesiásticos muy celosos á predicar el Evangelio á la Lituania y á todas las demás provincias paganas de nueva adquisicion, las cuales se hicieron cristianas. Del mismo modo hizo ella fundar la catedral de Wilna y otros siete obispados, como tambien un gran número de iglesias y de hospitales, que dotó ricamente con sus propios bienes. Es imposible imaginar el número de iglesias, de conventos, de escuelas, de hospitales y de establecimientos públicos de todo género que ella fundó para el esplendor del culto, para la instruccion de los pueblos y para el alivio de los pobres. El

se cum omnibus fratribus suis. Lithuanorum ducibus, proceribus et primoribus, sed et cum universa Lituania, Samogiticaque gente suscepturum. 2.^o Singulos christianorum captivos, et jure belli servitute deditos, soluturum. 3.^o Terras suas naturales Lithuanie et Samogithie, sed et nonnullas Russie armis quaesitas regno Poloniæ perpetua et irrevocabili invisceratione incorporaturum. 4.^o Pomeraniæ Culmensis et Vielunensis terras regno Poloniæ reducturum. 5.^o Suos paternos abitosque thesauros se in regno Poloniæ illaturum, et non nisi pro commodis regni Poloniæ illos conversurum.» (Dlugosius.)

historiador Dlugosio nos dice que Santa Eduvigis miraba aquellas provincias como su nueva patria (*novam patriam*), y que las amaba como tales.

Su cristiano esposo participaba del celo de su santa mujer en todas sus obras. Pero el pensamiento era de ella; ella era el alma que las hacía subsistir y el brazo infatigable que las acababa. Una prueba de esto es que, habiendo comenzado á construir un gran monasterio con una gran iglesia para reunir en él á ciertos religiosos, encargados especialmente de conservar el idioma y el rito slavos, y habiéndole impedido la muerte terminar aquel edificio, su esposo lo abandonó, y quedó sin concluir. Esto consistía en que aquel hombre no tenía el espíritu bastante elevado para comprender, como su esposa, la importancia religiosa y política de semejantes establecimientos, y porque la Reina, como dice el historiador, era el único estímulo que excitaba al Rey á las grandes obras, y el fuego que le animaba; de modo que, cuando llegó á faltar aquella prodigiosa mujer, todo el ardor del celo del Rey se desvaneció con ella (1).

La universidad de Praga era entonces la más célebre de Alemania. Y á fin de que no faltase jamás en la Lituania un número de eclesiásticos sabios, capaces, según la expresión del mismo autor, de continuar regando la nueva plantación de la verdadera fe que Santa Eduvigis había hecho en ella, esta misma Santa, poniéndose de acuerdo con el Rey de Bohemia, fundó en la misma ciudad un magnífico colegio, que dotó con cuantiosas rentas, donde los jóvenes de la Lituania eran recibidos y admitidos gratuitamente para seguir los cursos de la Universidad y aprender en ella todas las ciencias, que después llevaban á su patria y esparcían en ella (2).

(1) «Qua abeunte, omnis ardor ad quem illum stimulo suo, regina concitabat, extinctus est.»

(2) Llena de tantos cuidados por la nueva Polonia, no se olvidó de la antigua, y trabajó continuamente para multiplicar en ella todos los establecimientos útiles á la religión, á las ciencias y á la caridad, que forman la felicidad de los pueblos. Nosotros citaremos especialmente la famosa Universidad cuyos fundamentos había echado Casimiro el Grande, rey de Polonia, en la ciudad de su propio nombre, y que fué continuada y dotada magníficamente por los desvelos de Santa Eduvigis, que la trasladó á Cracovia y le dió mayores proporciones; y que, sorprendida por la muerte, mandó en su testamento que todo cuanto se encontrase perteneciente á ella se emplease en socorrer á

Este precioso establecimiento, que ha sobrevivido á los estragos que la herejía causó en Bohemia, se llama todavía *la casa de la Reina*, nombre, dice el historiador, que es por sí solo un monumento imperecedero, que atestigua que aquel fué el pensamiento y la obra memorable de una mujer sublime, y que publica al mundo la gloria de su ilustre fundadora (1).

Por esta razón el papa Bonifacio IX se dirigía principalmente á ella en todo lo relativo á los negocios de la religión en sus dominios, y en sus sabios y prudentes consejos ponía el santo Pontífice toda su confianza de que su esposo perseverase en la fe católica, en la adhesión á la Santa Sede y en la santa obra de atraer á los infieles al Catolicismo y á todos sus pueblos á la piedad. (*Brev. Bonif. IX.*) Esto consistía en que ella lo era todo en la corte; nada grande ni útil se hizo jamás sino por ella, especialmente respecto á la religión, lo cual le había valido el título de *Plantador de la fe católica de Lituania.* (*Ibid.*)

El celo de Santa Eduvigis por los intereses civiles y políticos de sus vastos estados no era ménos extraordinario que su celo por sus intereses religiosos. Ved aquí algunos rasgos, por los que se podrá juzgar de los demás. Para apaciguar un movimiento que se había creído sedicioso en la Alta Polonia, se había trasladado Uladislao á Gnesne, y en un movimiento irreflexivo de cólera había hecho secuestrar todos los ganados de los pretendidos culpables. Esta medida había llevado el desconsuelo á todo el país, y había introducido la miseria y la desgracia en gran número de familias. Venturosamente la Reina había ido también á aquella ciudad, y enterada de cuanto había pasado, y movida por las lágrimas de los muchos desgraciados que habían recurrido á ella, habló con el Rey, le hizo conocer su error y su injusticia, y le obligó á restituir todo lo que había tomado. Pero esto no la satisfizo

los desgraciados y en la fundación de la Universidad: *Vestes, pecunias, et omnem regiam supelectilem in relevamen miserabiliorum personarum, et in fundationem universitatis cracoviensis eroganda testamento mandavit.*

(1) «Plantationem fidei orthodoxæ novellam in Lithuania rigatura, in Pragensi studio tunc florente donum constituit, speciale collegium pro Lithuanorum natione studiis operam dante, et censu perpetuo donavit. Quod egregium et meritorium illustris feminae opus, *Domus reginae* vocitatur, fundatricis suae factum memorabile divulgans.»

completamente, y en esta ocasion fué cuando pronunció aquellas grandes y hermosas palabras, que la historia ha consignado y que los pueblos recordarán siempre con alegría; aquellas grandes y hermosas palabras, noble expresion de dolor de una Reina que ama á sus pueblos como madre: « Sí, dijo ella, nosotros hemos restituido á esos desgraciados sus bienes; pero ¿quién les restituirá las lágrimas que han derramado? » (1).

En otra casion, dos grandes y poderosos señores de la Lituania, que estaban en pugna, habian dividido en dos partidos y puesto en combustion la provincia; la guerra civil habia estallado, y seguia en ella con todos sus horrores. El Rey se presentó al momento en ella, y tuvo cuidado de llevar á la Reina consigo. ¡Pensamiento feliz! Lo que el Rey no pudo obtener con sus amenazas lo obtuvo la Reina con la majestad de su presencia, con el poder de sus exhortaciones y con los encantos de su afabilidad: la paz fué restituida al país. No sólo se reconciliaron al momento los dos partidos, sino que convinieron entre sí que en todas las cuestiones que pudieran originarse en lo sucesivo, en vez de acudir á las armas y destruirse mutuamente con la guerra, se remitiesen al arbitraje de la Reina, á quien desde aquel momento eligieron y constituyeron juez único de todas sus querellas (2). Tal era la confianza que tenian todos en su sabiduría y en su justicia.

Habiendo estallado más tarde una verdadera sedicion en Posnania, quiso el Rey mandar allí un ejército. Pero sabiendo Santa Eduvigis que pocas veces se sublevan los pueblos sin ser provocados por el abuso de la autoridad, se opuso á esta medida. « No se necesita fuerza, dijo ella, sino justicia », y adivinó la verdad. La causa de aquel desórden, que habia degenerado en una verdadera guerra civil, era el gobernador mismo de la provincia, que vendia la justicia, oprimia á la inocencia, que desposeia á sus administrados de sus propiedades; y por lo mismo le llamaban el demonio sanguinario (*cruentus Satanas*). Ella, por consiguiente, se presentó

(1) « Regina commota, erroris regis correpto, singula pignora restituit, ferturque in amaritudine pectoris dixisse: Et si pecora colonis reddimus, quis eis effusas lacrymas restituet. » (Dlugosius, lib. x.)

(2) « Conventum est, utroque probante, ut si novæ simultates et odia inter illos orirentur, ad Hedwigem reginam, quam sibi uterque in arbitrum communem delegerat, haberetur recursus. »

en aquella comarca sin tropa alguna; destituyó al magistrado, anuló todos sus actos, le obligó á indemnizar con sus bienes á aquellos á quienes habia perjudicado, y le condenó á prision perpétua. Desde aquel momento todo entró en órden y la gran Reina se volvió acompañada de las bendiciones y del reconocimiento de sus pueblos.

Santa Eduvigis, mediadora poderosa de la paz y baluarte inexpugnable de la justicia, supo hacer con el mejor éxit la guerra y ponerse ella misma á la cabeza de los ejércitos, para defender la integridad y la felicidad de sus Estados. En una ocasion, miéntras que su regio esposo estaba ocupado en una expedicion en la Lituania, supo ella que los húngaros habian hecho una irrupcion en el reino de Polonia y se habian apoderado ya de muchas ciudades. Sin perder un instante, reunió los nobles y los barones, é improvisó un nuevo ejército, que condujo ella misma á los puntos invadidos. Allí, con gran admiracion de todos sus generales, desplegó el talento militar y el valor de un experimentado guerrero. Ella dirigia los sitios, mandaba los asaltos y daba las batallas en campo raso, y todo el ejército le obedecia con entusiasmo, encantado de verse mandado por su generala. Ella bate al enemigo en todos los encuentros; ella le quita la ciudad importante de Leopold; ella se apodera de otras ciudades por sorpresa, y no sólo reconquista todas las tierras rusas que los húngaros habian usurpado, sino que se pone en posesion de una vasta extensión de territorio que se le sometió voluntariamente y se incorporó á la Polonia; hecho heroico y memorable para siempre; dice el historiador, que atrajo á esta importante mujer un recuerdo de eterno agradecimiento de parte de los polacos (1).

Admírense otros de que una mujer obrase tales maravillas; á nosotros no nos causa admiracion. Ella era santa, y una mujer santa lo puede todo. Su fe y sus virtudes equiyalen en ella al talento necesario para gobernar un estado y aún para dirigir un ejército. Ved aquí el retrato moral que Dlugosio ha trazado de Santa Eduvigis: « Siendo un prodigio de belleza, dice, era mucho más encantadora por sus costumbres y por sus virtudes. Jamas se habia visto en la córte una jóven, en la edad de las frivolidades y de los place-

(1) « Sempiternum pro hujusmodi heroico opere, apud Polonos, habitura recordium, » (Dlugosius, lib. x.)

res, más retirada del mundo ni más consagrada á la religion. Su devoción era extraordinaria y su amor de Dios inmenso. Ella ponía un cuidado especial, no en halagar su cuerpo con la molicie, la vanidad y el lujo, sino en domarlo con la abstinencia y el cilicio. Nadie pudo sorprender jamas en ella una falta la más leve; jamas se vió en ella el más leve movimiento de orgullo, de envidia, de vanidad ó de cólera. Las cosas mundanas le causaban hastío en vez de llamar su atención. Sus delicias consistían en la oración y en la lectura de la Escritura Santa, de las homilias de los padres de la Iglesia y de los escritos de San Bernardo, que hizo traducir en lengua polaca. Siendo más bien madre que Reina de sus pueblos, lo era de un modo más especial de las viudas, de los huérfanos, de los extranjeros y de todos los que sufrían ó se hallaban en la desgracia. Tal era la ternura con que los amaba y la liberalidad sin límites con que los socorria. En una palabra, tal fué el esplendor de sus costumbres, que, durante su vida, fué venerada universal y constantemente como el simulacro viviente de la santidad, y después de su muerte fué amada y celebrada en todo el mundo católico (1). Pero permítasenos aquí una observación.

No es tan fácil hacer de diferentes pueblos un solo pueblo, como lo es conquistarlos y formar la union de ellos en el papel. La fuerza y la ciencia diplomática pueden someter diferentes pueblos á un mismo yugo, pero no pueden jamas unirlos y hacer de ellos una misma nacion. Pueblos diferentes no se hacen un solo pueblo sino por la profesión de una misma religion y el goce de unos mismos derechos. Porque las provincias que la Francia, por ejemplo, conquistó eran católicas como ella, y porque las admitió al goce de los mismos derechos que los franceses, fué por lo que esas provincias se hicieron francesas, y siendo alemanas por su idioma y por sus costumbres, jamas han deseado pertenecer al gobierno alemán. Lo mismo sucederá al África cuando se haga cristiana; ella se envanecerá, como la Alsacia y Córcega, de ser francesa. Esto consiste en que la Francia, fiel al espíritu tradicional de su origen, no ve más que franceses en los pueblos que conquista, y los trata, no

(1) «Universe orbi catholico adeo, propter claritatem morum grata et celebris ut omnes illam in vita veluti sanctitatis simulacrum venerarentur.» (Dlugosius, lib. x.)

como á extranjeros subyugados por la fuerza, sino como á amigos atraídos por el amor; no como á esclavos, sino como á hijos y hermanos. Pero ese espíritu, que ha formado de diferentes pueblos una sola Francia, cuyo poder para hacer prosélitos es incomparable, es eminentemente cristiano, y sólo cristiano; porque el Cristianismo procura borrar, donde quiera que puede obrar con libertad, la diferencia entre vencedores y vencidos, entre conquistadores y conquistados, entre señores y esclavos, y trata de reunir á los pueblos por el amor. Y este espíritu, como hemos visto ya, se ha introducido en las costumbres francesas por las mujeres que cristianizaron la Francia. Por consiguiente, la nacionalidad francesa es obra de la religion y de las mujeres.

Lo mismo sucedió á la nacionalidad polaca; porque no sin razón se llama á los polacos los franceses del Norte. Lo que Santa Clotilde y Santa Vátilda hicieron en Francia, Santa Eduvigis, cuyo retrato hemos trazado, en cuyas venas circulaba la sangre francesa (era biznietá del Duque de Anjou, hermano de San Luis), hizo en Polonia. Desde el momento en que los estados de Jagelon fueron incorporados á sus propios estados no vió ella en aquellos nuevos pueblos, que el matrimonio acababa de poner bajo su cetro, más que polacos: un solo pueblo del que ella era soberana: una sola familia, cuya madre era ella, y por consiguiente, los hizo instruir con el mismo celo, los gobernó con la misma justicia, los socorrió con igual cariño y los miró con el mismo amor.

Valiéndose de estos medios, es decir, haciendo entrar á todos sus diferentes pueblos en el gremio de la Iglesia católica, y poniendo por base del derecho público polaco la igualdad de derechos en todas las provincias, fué como Santa Eduvigis, tan grande en la política como en la fe, consiguió hacer de tantas naciones diferentes una sola nacion. Así, pues, la Polonia, no sólo le debe una prodigiosa extensión de terreno, sino que también le debe su nacionalidad, su espíritu eminentemente católico y su poderosa unidad. Los soberanos que sucedieron á Santa Eduvigis han aumentado sin duda alguna, con su piedad y su valor, la fuerza y el esplendor de aquella nacion interesante; pero Santa Eduvigis fué quien la constituyó y la dotó de esas instituciones preciosas, que la hicieron tan grande, tan gloriosa y tan temible mientras que una parte de su grandeza no cayó en la herejía y en la incredulidad y convirtió en

un vergonzoso tráfico el matrimonio cristiano, sino que todos respetaron la indisolubilidad del vínculo conyugal, y todos conservaron en el fondo de su alma la fe católica y la unidad de la Iglesia..... La Polonia no volverá á ser Polonia sino con estas condiciones.....

§ XLV.—Digresion sobre la Italia.—Ella lo debe todo á los Papas.—La condesa Matilde soberana en Italia.—Su elogio por M. Rohrbacher.—Ella fué el mejor soberano de su tiempo.—Ella sola defendió al Papa y á la Santa Sede.—El gran San Gregorio VII la amaba como á su hija.—Generosidad de sus donaciones á la Iglesia.—Ella fué quien fundó la Universidad de Bolonia, donde las mujeres son admitidas á enseñar.—Su modo de gobernar.—Grande época en que los tronos de Europa estaban ocupados por santas soberanas.—Conclusion sobre el bien inmenso que han producido las santas reinas.

Pero, siendo italiano, no debemos olvidarnos de la Italia. Segun las pruebas dadas por el Conde de Maistre (*Du Pape*, lib. III), no hay duda alguna en que, bajo el punto de vista político y religioso, la Italia lo debe todo á los Papas, y que sin los Papas, absorbida enteramente por la Alemania, nada hubiera conservado de italiano, ni aun el idioma, ni aun el nombre. Entre los Papas, el que más trabajó para la restauracion de las costumbres cristianas, para la libertad de la Iglesia y la independencian de la Italia, fué el admirable Hildebrando, Gregorio VII, el Papa más santo y más grande despues de San Pedro. Pero este protector poderoso de los pueblos, este restaurador celoso de la disciplina eclesiástica, este mártir intrépido de los grandes deberes del Pontificado, en sus terribles y largas luchas con el Imperio no encontró auxilio ni socorro más que en una mujer: la célebre condesa Matilde, la soberana de Toscana y de cuasi toda la Italia septentrional. « Los autores católicos de su tiempo, dice M. Rohrbacher, la llaman una *Débora*; ella era digna de ser comparada con aquella ilustre heroína de Israel, que salvó su religion y su pueblo cuando los hombres no tenían el valor necesario para hacerlo. Muchos reyes y príncipes afligian entónces á la Iglesia de Dios con una vida inútil y escandalosa, con el tráfico vil que hacian de las dignidades eclesiásticas y por su connivencia criminal en la incontinencia del clero. En vez de secundar á la Iglesia el emperador Enrique IV en la extirpacion

de estos desórdenes, los fomentaba para hacer la guerra á la Iglesia. Los príncipes normandos de Italia vacilaban en una alternativa de fidelidad y de hostilidad respecto á la Santa Sede. *Un solo hombre*, durante un reinado de más de cincuenta años, se mostró siempre fiel, siempre afecto á la Iglesia y á su cabeza, siempre dispuesto á secundarle en sus esfuerzos para la restauracion de la disciplina y de las costumbres clericales, siempre con la espada en la mano para defenderla contra sus enemigos más formidables, sin dejarse seducir por las promesas, ni intimidar por las amenazas, ni abatir por los contratiempos; y este hombre único *era una mujer*: la condesa Matilde. » (T. XIV, pág. 361.)

Era, en efecto, un espectáculo muy admirable el de una soberana defendiendo al Papa, en tanto que un soberano, el Emperador, tio de Matilde, lo perseguia con un encarnizamiento infernal; y enriqueciendo á la Iglesia con la generosa donacion que le hizo de todos sus estados y de todos sus bienes, mientras que Enrique procuraba despojar á la Iglesia (1).

Penetrada la princesa Matilde de la mayor admiracion y del mayor afecto por las sublimes cualidades y el mérito del gran pontífice San Gregorio, lo veneraba como á un santo, lo amaba como

(1) Los estados de la condesa Matilde, al otro lado de los montes, comprendian la Italia central y cuasi toda la Lombardia. La donacion de ellos á la Iglesia fué hecha por primera vez en el año de 1077, y renovada por la piadosa soberana en 1102, en estos términos: « En el tiempo del señor papa Gregorio VII, en la capilla de la Santa Cruz, en el palacio de Letran, en presencia de muchos nobles romanos, hice donacion á la Iglesia de San Pedro, aceptándola el Papa, de todos mis bienes presentes y futuros, á uno y otro lado de los montes, é hice que se otorgara la correspondiente escritura; pero no encontrándose este documento, y temiendo que mi donacion pueda ser puesta en duda, la renuevo en este dia en manos de Bernardo, cardenal legado, con todas las ceremonias usadas en semejantes casos, y me desprendo de todos mis bienes en provecho del Papa y de la Iglesia romana, etc. — Hecho en Canosa, el dia 17 de Setiembre de 1102. » (Baron Asmal., *Ad an.* 1102.) Es tambien de notar que la condesa Matilde, en su primera donacion, se habia reservado el usufructo de sus bienes durante su vida, y que en esta segunda donacion se desprende tambien de este derecho. Así es que, á imitacion de las santas hermanas Pudenciana y Práxedes, las primeras mujeres convertidas en Roma por San Pedro, esta gran princesa se despojó de todo y se redujo á la condicion de una pobre particular, contenta con haber convertido sus bienes en patrimonio de la Iglesia. Yo no sé que ningun príncipe haya hecho otro tanto. La mujer ha amado á la Iglesia más que el hombre: *Dilexit multum.*

á un padre, y lo reverenciaba como á la persona misma de Jesucristo. No contenta con defenderle con su poderosa influencia y con sus armas, hallándose fugitivo, lo recibió en sus estados, y, lleno de amargura, le consolaba con sus cartas afectuosas. San Gregorio VII la amaba á su vez como á su hija, y la miraba como el más firme apoyo y el más bello ornato de la Iglesia. En sus cartas la llama *la muy amada hija de San Pedro*; y en medio de sus cuidados y de sus combates por la causa de la Iglesia no dejaba de escribirle con frecuencia, de dirigir su conciencia, de instruirle en la perfeccion cristiana, y de animarla á las prácticas de la más elevada piedad. Ningun Papa ha tenido jamas mayor cuidado del alma de un simple fiel; ningun simple fiel ha sido más afecto al Papa, ni más digno de los cuidados especiales de un Papa.

La princesa Matilde, lo mismo que todas las santas reinas cuyos méritos y cuyas glorias hemos referido, además de ser una gran católica, fué también una grande soberana. Tan sabia como piadosa, tan celosa por la propagacion de la ciencia y de la literatura, como lo era por el esplendor del culto y por la conservacion de la religion, mientras que adornaba sus estados con magnificas iglesias y con establecimientos piadosos y caritativos, multiplicaba en ellos las escuelas para la instruccion del clero y del pueblo. La Universidad de Bolonia, esa Universidad madre de las universidades, ese foco de luz y de civilizacion del mundo cristiano, fué el pensamiento de su espíritu y la obra de su magnificencia y de su liberalidad. Ella fué quien la fundó, la dotó, reunió en ella los más grandes hombres de su tiempo, y la hizo célebre para siempre (1). El genio de Carlo-Magno, el más grande de los soberanos cristianos, habia concebido este pensamiento; pero una soberana, la condesa Matilde, fué quien lo realizó.

Bajo el aspecto político y civil, los pueblos de la Italia sujetos á

(1) Por esta causa pueden *las mujeres* recibir todos los grados y el título *de doctor* en esta Universidad, y enseñar en ella todas facultades. La Universidad de Bolonia ha tenido, en efecto, desde aquella época muchas *doctoras* que han enseñado con mucho esplendor la Filosofía, la Jurisprudencia, la Medicina, la Anatomía y la Literatura. En nuestros días la célebre doctora Tambroni se ha hecho admirar en ella por su conocimiento profundo en la lengua griega y por su método particular de enseñarla. El cardenal Mezzofonte, prodigio único en punto á idiomas, ha sido su discípulo.

su cetro no han estado jamas, antes ni después de ella, mejor gobernados por hombres, que lo estuvieron en el siglo XI por ésta mujer. En su reinado no habia impuestos crecidos ó arbitrarios, no habia opresion; era el reinado del derecho, de la justicia, de la moderacion, de la clemencia, de la dulzura y de la bondad. Estos han sido los caracteres generales del reinado de las mujeres católicas; de modo que, así como la Escritura envia al perezoso á la escuela de las hormigas para que aprenda en ella á trabajar, se puede enviar, sin temor de humillarlos demasiado, á los reyes y á los grandes políticos de nuestros días á la escuela de la mujer católica, para que aprendan en ella á gobernar.

Entre tanto es necesario convenir que fué una época muy singular y muy feliz aquella en que se vió á un grande y santo Pontífice en la cátedra de San Pedro, y á otros soberanos santos en todos los tronos de Europa. Porque, en efecto, San Gregorio VII en Roma, San Luis en Francia, el piadoso rey Roberto en Borgoña, San Fernando en España, San Eduardo en Inglaterra, San Malcolm en Escocia, San Enrique en Alemania, San Wenceslaó en Polonia, San Estéban y San Emeriko en Hungría, vivieron cuasi en el mismo tiempo. Pero todos estos santos reyes fueron obra de las santas princesas católicas que durante la Edad Media aparecieron en tan gran número y con tanto esplendor sobre todos los tronos del mundo cristiano. Siendo ellas prodigios de fe, y *no viviendo más que de la fe como el justo de Dios*, lograron persuadir esta misma fe á los príncipes sus hermanos, sus esposos ó sus hijos; y cuando eran paganos, ellas los hicieron cristianos; cuando estaban extraviados en los caminos de la herejía, ellas los atrajeron al Catolicismo; y cuando eran tibios ó indiferentes, ellas los convirtieron en apóstoles celosos, y aún en mártires generosos de esta misma religion. Siendo ellas prodigio de piedad, atrajeron á la verdadera piedad á unos hombres que no la conocian más que para mofarse de ella ó para perseguirla; siendo prodigios de pudor, hicieron reinar la castidad y aún la virginidad en medio del más horrible libertinaje y de la mayor corrupcion de costumbres; siendo prodigios de mansedumbre, corrigieron la barbarie original de unos caudillos feroces, inspiraron respeto á la vida del hombre á unos hombres para quienes el homicidio no era más que un juego, una costumbre, ó, cuando más, una faltilla leve, que se compensaba

legalmente con algunas monedas. Finalmente, siendo prodigios de devoción, la introdujeron en los gobiernos modernos; y de este modo echaron el fundamento á la civilización, cristianizaron el poder político, lo pusieron en armonía con las máximas del Evangelio, y formaron la educación de las naciones y de las monarquías cristianas.

§ XLVI. — Otra observación importante sobre la parte que han tenido las santas reinas en la formación de las monarquías cristianas. — La abnegación esencial de la monarquía cristiana, según el Evangelio, es la *devoción*, como el de la monarquía pagana es la *dominación*. — La abnegación es el sentimiento particular de la mujer, y ella fué quien la estableció en las monarquías modernas. — Equivocación sensible del Conde de Maistre en este particular. — Los príncipes cristianos de Oriente no han comprendido jamás el poder cristiano. — Los príncipes de Occidente han sido siempre cristianos como soberanos, aún cuando hayan sido como particulares. — La Iglesia ha civilizado la Europa con el auxilio de las mujeres.

Permitásenos aquí otra observación sumamente importante sobre el venturoso resultado de la gran misión que ha ejercido la mujer católica colocada en el trono.

El Hijo de Dios y Redentor del hombre había dicho lo siguiente: « Los príncipes de los gentiles los dominan, pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera ser mayor entre vosotros debe ser vuestro siervo; así como el *Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida para la redención de todos: *Principes gentium dominantur eorum, vos autem non sic; sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit minister vester; sicut Filius hominis venit ministrare, non ministrari, et dare animam suam redemptionem pro multis.* » (Matth., xx.) Según estas inefables palabras, que el hombre no había pronunciado jamás, y que sólo pudieron salir de la boca de un Dios, es de esencia de todo poder pagano, ó material ó satánico (que es lo mismo), ser *dominador*; así como es de esencia de todo poder cristiano la *abnegación*. Entre los paganos el súbdito no existe sino para servir al poder, y entre los cristianos el poder no existe sino para servir al súbdito. En toda sociedad pagana el poder es un ídolo, en cuyo obsequio todos deben sacrificarse; en toda sociedad cristiana el poder es una víctima, que debe sacrifi-

carse á la felicidad de todos, á ejemplo del Hijo de Dios hecho Hombre, que bajó del cielo para servir al hombre y sacrificarse por el hombre. ¡Grande y sublime doctrina, en la que se contiene un orden de cosas enteramente nuevo! Ella es la que ha obrado los prodigios de la Iglesia cristiana, del Estado cristiano y de la familia cristiana; tres prodigios desconocidos de los pueblos paganos, y que han cambiado la faz del mundo. Así es que, en esta Iglesia, en este Estado, en esta familia, el poder es soberanamente *conservador* de todo lo que está subordinado á él. Él todo lo dirige, todo lo ordena, pero nada destruye; y su fórmula es: *Yo existo para todos*. Mientras que en toda sociedad religiosa pagana, en todo Estado pagano, en toda familia pagana, el poder soberano *absorbe* todos los poderes subalternos. Él todo lo explota, todo lo destruye y nada conserva, excepto lo que constituye su utilidad, lisonjea sus caprichos y sus pasiones; y su fórmula es: *Todo existe para mí; la religión soy yo, el Estado soy yo, la familia soy yo*. Más claro: la historia de todo poder pagano se resume en esta palabra, *dominación*; mientras que la historia de todo poder verdaderamente cristiano se resume en la palabra *abnegación*.

Aún cuando los individuos de mi sexo se resientan de ello, lo he de decir con franqueza: el hombre nada entiende de abnegación. La abnegación es la ciencia particular, el sentimiento, la necesidad propia de la mujer. En efecto, Dios crió á la mujer para que ayudase al hombre: *faciamus adiutorium*: y ayudar, para el ser inteligente, es someterse á la voluntad ajena. Siendo, pues, la abnegación, según los designios de Dios, el destino especial de la mujer, á la mujer en particular es á quien ha dado Dios la inteligencia, el instinto y la habilidad de practicarla. El hombre debe también someterse, y en efecto él será sumiso si es cristiano. Pero la sumisión en el hombre tiene algo de ruda, de exagerada y de desagradable, que se parece algo á la fuerza; en efecto, parece que en el hombre la sumisión misma no es otra cosa que la dominación. Por el contrario, en la mujer la sumisión tiene algo de delicado, de exquisito y de encantador, que se parece mucho á la gracia. No parece sino que en la mujer aún la dominación misma no es otra cosa que la sumisión. Semejante á la acción de la gracia de Dios, que es su origen, la sumisión de la mujer atrae cediendo, y arrastra acariciando; domina, pero sin violentar; obtiene los re-